

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

08

La Novela Semanal Cinematográfica



El
rascacielos

POR

William Boyd
y Sue Carol

50 cts.

EL RASCACIELOS

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



El rascacielos

Deliciosa comedia americana

Interpretada por

SUE CAROL y WILLIAM BOYD



Producción

PRO - DIS - CO

EXCLUSIVA DE

Julio-César, S. A.

Aragón, 316

Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

El rascacielos

Argumento de la película

Se estaba construyendo uno de los grandes rascacielos de Nueva York. Los obreros se jugaban a cada momento la vida en aquellas grandes alturas sobre el abismo, bordeadas de peligros sin fin... Eran frecuentes los accidentes y hasta más de una vez llegó la muerte para llevarse a su seno a alguno de los trabajadores despeñados.

Sin embargo, aquellos obreros, a pesar del riesgo que corrían al saltar sobre las vigas y construir el armazón de hierro de la inmensa edificación, mostraban un agradable optimismo. Gente joven y despreocupada, nadie creía le hubiera de ocurrir ninguna novedad.

Entre los trabajadores figuraba Blondy, muchacho apreciado por todos, atlético y jovial, que tenía de la vida un sentimiento feliz y can-



...Blondy, muchacho apreciado por todos...

taba y reía a carcajadas mientras desafiaba la muerte a gran altura.

Cerca de él trabajaba Swede, hombre de carácter exteriormente brusco y burlón, dispuesto a imponer en todas partes su superioridad, pero

bueno en el fondo, a pesar de sus constantes rudezas.

El ayudante de Swede era "El Rojo", un jovencito endeble y alegre, recién incorporado a aquel trabajo y que hacía todas las cosas con la sorpresa que causa la novedad.

Aquella mañana "El Rojo" deseoso de divertirse, chamuscó con el soldador automático los pantalones de Swede.

Este puso el grito en el cielo protestando contra el atrevimiento.

¡Vaya con el niñito! Pues qué, ¿es que iba a tolerar él semejante broma?

Alejóse discretamente "El Rojo", temeroso de que Swede le castigara por su audacia. ¡Ahí no era nada no respetar los pantalones del prójimo! Blondy, dispuesto siempre a tomarle el pelo a su compañero, se reía de él desde el otro andamio donde estaba trabajando.

Cogió Blondy una de las herramientas y la echó a los pies de Swede con inminente peligro para éste de que el instrumento diese contra su cabeza.

—¡Cuidado, Blondy! No me faltes al respeto, porque sino...

—Hago lo que se me antoja, ¿entiendes?

—¡Granuja!

—¡Ojo con lo que me dices, Swede! Desde que te consiento vivir conmigo se te han subido los humos a la cabeza.

—¿Me has tomado por tu criado? Verás como voy a darte tu merecido.

Y Swede comenzó a perseguir por entre los pisos del andamiaje a su camarada y ambos hombres emprendieron una carrera de vértigo por las alturas, bordeando el peligro, sin importarles el grave riesgo que corrían a cada instante.

Iba Swede por fin a alcanzar a su compañero, cuando dió un traspie sobre los andamios. Levantóse rápidamente dispuesto a seguir la persecución de Blondy. Pero éste, sonriente, le gritó:

—¡Swede! Allí en el suelo veo brillar una cosa. Me parece que has vuelto a perder tu diente de oro.

—¡Relámpagos! ¡Tienes razón!

Y desapareciendo al momento su ímpetu agresivo, cogió la funda de oro que le había caído y se la colocó de nuevo sobre su diente.

Esto era su pesadilla. Con frecuencia le caía ese diente mal ajustado... ¡Hubiera sido lamentable perder aquel pedazo de su persona, de tanto valor!

Recuperado su diente, Swede no tuvo ya deseos de pegarse con su amigo, y volvió a su pue-

to de trabajo, con el ansia de permanecer en paz por aquel día. Lo mismo pensó Blondy a quien todo esto divertía con cierta ingenuidad infantil.

A pesar de sus frecuentes disputas, los dos obreros parecían apreciarse mucho y vivían en la misma pensión; y esto les unía con una fraternidad que no podían desmentir sus rivalidades frecuentes.

Los dos eran jóvenes, fuertes, optimistas. Pero así como Blondy era algo niño en sus cosas, a veces en el alma de Swede se acentuaba una marcada brutalidad.

Transcurrió el resto de la jornada en completa calma.

Al día siguiente, después del rudo y peligroso trabajo, los dos obreros aprovecharon un rato de descanso y solaz antes de entregarse a la labor de la tarde.

Y allá, entre los andamios del rascacielos, jugaron unas partiditas de dados, dos piezas que el joven Blondy no olvidaba de llevar nunca en sus bolsillos.

Eran unos dados especiales, de la propia cosecha de Blondy. Por cualquiera de los lados que se mirasen señalaban la ficha seis el uno y uno el otro; es decir, al caer, los dos dados formaban siete. De esta manera, con número tan alto,

conseguía Blondy siempre el triunfo, y lo que era más interesante, el dinero de Swede, que éste ingenuamente apostaba.

Jugaron, y de nuevo, necesariamente, puesto que los dados estaban falsificados, ganó Blondy,



...todo el dinero de sus amigos fué a parar a su cartera...

y todo el dinero de sus amigos fué a parar a su cartera que colocó, ufano y satisfecho, en el bolsillo posterior de su pantalón.

Swede estaba furioso ante el triunfo constante de su compañero. ¡Pero aquel hombre estaba em-

brujado, demonio! ¡Siempre sacando el número siete!

Se había quedado sin un cuarto. Swede vió que asomaba por el bolsillo de Blondy la repleta cartera en la que su amigo acababa de poner, muy bien cuidaditos y extendidos, los billetes.

Con todo disimulo le quitó la cartera y sacando de ella los billetes, continuó jugando.

Blondy, indefectiblemente, volvió a ganar, sin pensar que su amigo le hubiera robado.

—Vas a perder una fortuna—le decía, sonriente.

—No me importa. Sé de dónde puedo sacar dinero.

Y siguió la partida, creyendo Blondy, inocentemente, que a los billetes que ya tenía en cartera, había de agregar los que ahora estaba acumulando.

Swede sonreía contento de su ardid.

Mientras tanto, "El Rojo" aprovechaba su descanso para saltar, por medio de una cuerda, de la caseta vestuario a uno de los andamiajes del rascacielos, como solía hacerlo Blondy.

Se cogía a la cuerda y quedando suspendido unos instantes sobre el abismo, aterrizaba sin novedad entre los andamios. Luego repetía la

operación balanceándose un momento sobre el vacío para llegar a la caseta.

Era un ejercicio difícil y peligroso que el muchacho ejecutaba con una alegre sonrisa, deseoso de imitar a los curtidos trabajadores que realizaban aquella misma operación con la serenidad de la costumbre.

El padre de "El Rojo", que se hallaba descansando en otro de los pisos del rascacielos, advirtió a su hijo:

—¡Deja ya ese juego o te calentaré los calcetines cuando lleguemos a casa!

—No tenga usted miedo, padre, esto es delicioso—respondió con la sonrisa ingenua del imprudente.

—Te lo mando.

—Quiero hacer como todos los obreros.

Y siguió balanceándose en el espacio, repitiendo diez veces aquel ejercicio, contento de que nada le ocurriera y orgulloso de su destreza.

A la oncesa vez, ocurrió la catástrofe. Al llegar el chico al andamiaje, perdió el equilibrio, se balanceó un momento cogido a la cuerda, buscando el sustento que faltaba a sus pies, y, de pronto, con sus piernas en el aire, aflojó los brazos y vino a caer en el hondo precipicio, allá abajo, aplastado contra la calle donde la mul-

titud paseaba indiferente sin darse cuenta de que en lo alto centenares de trabajadores se juzgaban a cada momento la vida para ganar un mal pan.

El salto había sido mortal. Nadie se ha salvado aún cayendo de tan prodigiosa altura.

El padre de "El Rojo" contempló horrorizado la trágica caída de su hijo. Con los ojos inmóviles, apretando con las manos nerviosas el paquete donde llevaba la comida, el desdichado estuvo mirando el inmenso abismo por el que se había despeñado el imprudente muchacho.

Cerró los ojos. Sintió que las lágrimas se agolpaban a ellos y tuvo que realizar un violento esfuerzo para no caer también deseoso de reunirse en la muerte con el hijo de su corazón.

¡Ah, su pobre heredero! ¡Lo más hermoso que había en casa, la única ilusión de él y de su esposa!

¿Qué diría ahora la vieja cuando él se presentase aquel atardecer, solo, sin la compañía del muchacho en quien habían cifrado tantas esperanzas?

¡Maldito rascacielos! ¡Cuántas víctimas costaba! Y el buen hombre lloraba ahora desconsoladamente pareciéndole escuchar las palabras vio-

lentas de su mujer cuando le acusase de no haber velado lo suficientemente por el hijo.

Ella se lo decía siempre:

—¡No le dejes solo! Procura que esté siempre a tu lado. Tengo miedo.

¡Ah! ¡Como le acusaría ahora la madre sin consuelo, la viejecita cuya mejor alegría era ver sonreír al pálido adolescente que hablaba con arrogancia, moviendo la cabeza en la que ondeaba una hermosa cabellera pelirroja!

Sonó por todo el rascacielos la sirena de alarma, llevando la inquietud y la desolación a los grupos de trabajadores.

Extendióse la noticia como un reguero de pólvora.

—¡“El Rojo” se ha caído y se ha estrellado!

Y todos los pensamientos eran para el desgraciado padre que trabaja en la obra.

Blondy y Swede cesaron de jugar y se dirigieron al lugar de la catástrofe.

Nada había que hacer. El muchacho estaba muerto... Luego, los dos hombres al volver a los altos andamiajes, encontraron al padre que se mantenía en un rincón, pálido y dolorido, sin fuerzas para ir a su hogar y contarle la tragedia a su esposa.

Los dos amigos le contemplaron con profun-

da emoción, doloridos por el espectáculo. Le prodigaron una rudas palabras de consuelo. Blondy, en un arranque de generosidad, entregó al infeliz todo su dinero.

—Usted necesitará esto ahora más que yo—le dijo.

Quedó el padre contemplándole con gratitud, sin poder balbucear ninguna frase, pues tenía un dogal que le aprisionaba la garganta como si se la fueran a triturar.

Swede no quiso ser menos que su amigo y sacándose la cartera que había tomado antes a Blondy, extrajo de ella los pocos billetes que en ella habían quedado.

—Tome! Para usted y su vieja.

El desgraciado balbuceó ahora un tímido “gracias” y se alejó como el símbolo del dolor y del sufrimiento.

Blondy reconoció, sorprendido, la cartera... ¡Demonio! No se había dado cuenta hasta entonces de aquella substracción.

—Pero...

—Sí, chico—dijo Swede, riendo—. Si no me equivoco, esta carterita es tuya... ¡Qué casualidad!

Se la arrebató Blondy de un manotazo comprendiendo el ardor de que se había valido.

¡Pillo, gran pillo!... ¡Conque había vuelto a jugar con el dinero perdido!

Swade le miró, burlón.

—Pues, ¿qué te habías creído? ¿Que yo era tonto?—preguntó.

Pero Blondy se encogió de hombros. A él no le ganaba nadie en pillería, ni el tuno más redomado.

Sonriente le mostró los dados, y Swede vió que por todos sus lados figuraba la misma ficha.

—¡Ah, tramposo! ¡Ahora comprendo por qué ganabas siempre!—exclamó.

—¡Ardides del juego son!—contestó riendo a carcajadas mientras se volvía a guardar los dados en el bolsillo con un ademán alegre de hombre triunfador.

¡Nadie podía con él!

* * *

Mary había llegado a Nueva York, procedente de una apartada provincia. Hasta entonces había vivido con su madre, ayudándola en trabajos agrícolas. Pero fallecida ésta, optó por marchar a la gran ciudad donde era más fácil y asequible la vida.

Vendióse la pequeña parcela de sus tierras y con el producto de su importe pudo marchar a la capital neoyorquina.

Mary había recibido en la escuela de su provincia una correcta educación. Esto le haría más fácil abrirse un huequecito en el corazón de la gran ciudad.

Pero llegaron días de calvario en que solicitó inútilmente colocación, encontrando todas las puertas cerradas y por cada destino vacante había un enjambre aterrador de solicitantes.

¿Cómo encontrar la ocupación deseada?

Se emplearía de cualquier cosa. Ella estaba segura de que sabía hacerlo todo. Eso sí; se mantendría honrada y pura a pesar de todas las adversidades y de los motivos de ocasión que se brindan, para su tormento, a toda mujer desesperada.

Una mañana, después de haber visitado inútilmente a varios anunciantes que pedían empleadas para sus almacenes—por cada plaza vacante se presentaban cien personas—, Mary deambulaba, errante y melancólica, por una de las grandes avenidas de la urbe.

Sentíase afligida, triste. ¿Qué hacer? Iban acabándose los ahorros, y la miseria es mala consejera.

Aquella avenida por la que ahora pasaba con un aire triste y vencido, estaba flanqueada de rascacielos que alzaban orgullosos sus inmensas torres de cemento armado.

Otros edificios estaban a medio construir con el armazón descubierto como el esqueleto de un monstruo de una edad fantástica.

En uno de aquellos rascacielos era donde trabajaban Blondy y Swede.

Los dos camaradas se encontraban ahora en la calle, acompañados de otros obreros para ayudar a subir todos juntos, por medio de una grúa, una enorme viga de hierro.

Como de costumbre, Blondy y Swede disputaron poniéndose como nuevecitos, pues cada uno de los dos pretendía ser superior al otro.

—Pero, oye, pelagatos, ¿quién te figuras que eres? —le dijo Swede.

—¿Quién? ¡El más grande hombre de Wall Street! El hombre que ha construído todos estos rascacielos.

—¡Estúpido! Si yo quisiera podría ser tu jefe.

Ataron la viga a recias cadenas y la grúa comenzó a funcionar.

De pronto, ocurrió una catástrofe. Cedió una de las cadenas que sostenían la viga y ésta resbaló por uno de sus costados.

Fué cosa instantánea. Los obreros se apartaron veloces y la viga fué a desplomarse en el preciso instante en que Mary pasaba distraída por allí.

Blondy no vaciló ni un instante. Con exposición de su propia vida corrió al encuentro de la joven y la apartó con tan feroz energía que ambos cayeron al suelo en el violento empuje.

Un segundo después la formidable viga cayó a pocos pasos de distancia produciendo una violenta y ruda vibración en toda la calle.

Blondy levantó y corrió a auxiliar a la muchacha a quien la brusquedad de aquel acto y confusa sensación del peligro corrido, acababan de desvanecer.

Si hubiera Blondy tardado un momento más en apartar a la muchacha, ésta hubiera quedado aplastada bajo el enorme bloque de hierro.

Blondy y Swede corrieron a levantar a la linda desconocida y la llevaron a la puerta de un teatro inmediato al rascacielos en construcción.

Blondy sostuvo a Mary por el tallo mientras Swede lo hacía cogiéndola por las piernas.

Los dos hombres se contemplaron fijamente con cierta expresión de rabia. Blondy le lanzó una severa mirada porque Swede había dejado al descubierto gran parte de la pierna de ella.

La hicieron sentar en uno de los bancos que había en la portería, y poco a poco la joven volvió en sí.

Los dos trabajadores rivalizaron en obsequiarla y en preguntarla si se había hecho mucho daño.



...la llevaron a la puerta de un teatro inmediato...

—¡Oh, no... nada!... ¡Casi nada! Únicamente el susto.

—¡Pobrecita! ¡Si me llego a descuidar! —dijo Blondy.

—Es verdad... Usted me ha salvado la vida. Muchas gracias, joven.

—Lo que he hecho no tiene importancia.

—¡Claro que no! —añadió Swede con ironía.

Mary contempló, sonriente, a su salvador y le envolvió en una cálida mirada de agradecimiento que al joven le supo a gloria celestial.

Allá hubieran permanecido mucho tiempo los dos obreros, de no haber sido llamados por el capataz para que fueran a ayudar a colocar de nuevo la viga entre las cadenas.

Y marcharon después de sonreír dulcemente a aquella criatura que permanecía sentada y con aire de fatiga.

Allí, Mary estaría un rato hasta que se encontrase perfectamente bien.

Minutos después comenzaron a entrar varias muchachas dirigiéndose entre risas hacia el interior del edificio.

Mary, que se sentía apenas sin fuerzas para andar, contempló con sorpresa a aquellos alegres grupos femeninos.

Entró también un caballero, quien al verla allí la ordenó que pasase.

—¿Qué hace parada? Pronto, suba usted.

Un poco nerviosa y desorientada, la joven si-

22

guió a un grupo de muchachas y se encontró en un escenario.

Era aquel uno de los principales teatros de la ciudad y se estaba realizando un ensayo para elegir nuevas coristas para la próxima revista. Todas aquellas muchachas eran aspirantes a las tablas, y el director tomó a Mary por una de ellas.

—¡A ver, enseñe usted las piernas!—le dijo con brusquedad.

—No, si en las piernas no me he hecho daño—contestó, ingenuamente.

Pero el director y sus ayudantes la hicieron dar varias vueltas, contemplando las arrogantes líneas de su cuerpo.

—Sin duda servirá usted... Queda admitida—dijo el director.

Extrañada por lo que le ocurría, sin comprender, Mary procuró enterarse por medio de sus compañeras. Estas le pusieron en antecedentes. Iba a ser contratada como bailarina.

Y Mary que, precisamente, era una de las muchachas que en su provincia bailaban mejor, aceptó aquel destino que la casualidad ponía a su alcance... Se dedicaría al teatro ya que no había otro remedio. Con tal que sirviese...

Y aceptó, con entusiasmo, la idea de ser artista... Lo importante era vivir y no quedarse sin amparo en la ciudad inhospitalaria.

* * *

Al día siguiente Mary comenzó sus ensayos en la azotea del teatro.

Todo fué bien. Se adaptó la muchacha rápidamente a las instrucciones del director de escena. Era de las chicas que prometían y que destacarían pronto, llegando, tal vez, a no tardar y por poco que perfeccionase sus cualidades innatas, a la categoría de estrella.

Desde el contiguo rascacielos, los obreros que sentados en las vigas del edificio estaban comiendo, contemplaban las evoluciones de las hermosas y noveles danzarinas.

Blondy no quitaba los ojos de Mary, y también Swede sonreía a la muchacha.

Las artistas acabaron la exhibición de sus danzas y descansaron media hora, durante la cual comieron golosamente una pasta y dulces.

Blondy, riendo, llamó a Mary. Ésta sonrió al verle y se turbó, agradablemente sorprendida al contemplarle trabajando a poca distancia.

—¡Qué rica debe estar esa torta! ¿Verdad?— gritó él, sonriente.

—Venga usted y le daré un pedazo—contestó alegramente.

—Con mucho gusto.



—¡Qué rica debe estar esa torta!

Saltó sobre una grúa y rogó a los obreros moveran las maquinillas para que pudiera descender a la azotea del teatro, situado muy por lo bajo del altísimo rascacielos.

Swede había vuelto a perder su diente de oro, pero por fortuna lo recuperó de nuevo al borde

de una de las vigas. ¡Si se llega a descuidar, vue-la para siempre!

Fué Blondy descendiendo por la grúa hasta llegar junto al terrado del teatro.

Iba a saltar a él cuando la grúa comenzó a elevarse de nuevo, impidiendo a Blondy poder aceptar el pedacito de torta que Mary le ofrecía.

Swede, desde el rascacielos, se moría de risa. Había sido él quien, dispuesto siempre a ser la pesadilla de su amigo, había ordenado a los otros obreros hicieran subir de nuevo la grúa.

—¿Quiere usted venir conmigo al Parque de atracciones esta noche?—gritó Blondy mirando a la linda Mary de la que el antipático Swede le estaba alejando.

Ella afirmó con la cabeza; pero Clara, una de las compañeras de Mary, deseosa de divertirse, contestó como si a ella hubiera ido dirigida la invitación:

—Conforme... A las ocho en la puerta del teatro, ¿eh?

Sorprendido, pero galante antes que nada, Blondy respondió:

—¡Encantado!

Y volvió malhumorado al rascacielos, echando pestes contra su mala suerte y contra Swede que

tan importuno había sido con la bromita de la grúa.

¡Diablo con la otra muchacha! ¿Pues no se había invitado a sí misma como si para ella Blondy se hubiera molestado en bajar?

—Y no tendrá otro remedio que llevarla a la fiesta. De lo contrario, sería un desaire. Mary vendrá también.

—No te preocupes. Yo me encargo de Mary, puesto que tú invitaste, sin querer, a la otra—dijo Swede, riendo.

—Si tendré mala suerte!

Aquella tarde trabajaron con mayor vigor y alegría que otras veces y al salir del trabajo se fueron a la peluquería a afeitarse. Limpios y arreglados ya, los dos amigos marcharon a su casa donde se pusieron los vestidos de fiesta, rivalizando en elegancia y gusto.

Blondy iba a estrenar aquella noche un traje que se había mandado confeccionar algún tiempo antes y que hasta ahora no había tenido ocasión de lucir.

Salieron los dos a gozar de aquella alegría de sábado.

Encontraron en el sitio convenido a las dos muchachas... Blondy dió su brazo a Clara, y Swede, contento y jovial, ofreció el suyo a Mary.

Y se dirigieron al Luna Park.

No parecían aquellas dos parejas demasiado bien unidas. Blondy suspiraba por deshacerse de su compañera y poder juntarse con la mujer que tanto le había interesado; y Mary, disgustada por ir del brazo de un sujeto aburrido como Swede, se decía que la velada transcurriría más deliciosamente si fuera Blondy su camarada.

Las dos parejas se separaron al llegar al Parque visitando cada una las atracciones de su agrado. Después volvieron a reunirse saludándose los dos hombres burlonamente como viejos compañeros que procuran reírse uno del otro a pesar de la gran amistad que les une.

Visitaron varias atracciones subiendo a ellas con alegría de colegiales en libertad. Mary y Clara palmoteaban de júbilo. ¡Aquello era vivir!...

Comieron unos pastelillos; luego fueron al tiro al blanco y Swede ganó un hermoso muñeco por su magnífica puntería.

Ante una máquina eléctrica, probaron la fuerza de sus brazos.

Blondy era robusto. Dió con una maza contra el aparato, y éste señaló el grado más elevado de fuerza.

—¡Yo hago lo mismo que tú! —dijo Swede, sonriente.

Cogió la maza y pegó con la mayor fiereza. El marcador no se movió, lo que provocó las carcajadas de Blondy y de las muchachas.



...volvieron a reunirse...

Ignoraba Swede que su amigo había puesto un trozo de madera en la palanca, impidiendo que ésta pudiera funcionar libremente.

Muriéndose de risa, Blondy y su amiga se alejaron y Swede, furioso, volvió a probar su

fuerza con la maza, y pegó tan recio golpe que esta vez destrozó por completo la maquinaria.

Tuvo que alejarse de prisa antes de que le exigieran daños y perjuicios.

Siguieron juntos visitando las diferentes atracciones del parque. Subieron a los caballitos y a la rueda mágica.

Esta rueda giratoria se movía velozmente, despidiendo con toda fuerza cuantos rodaban por ella.

La primera en salir de ella fué Mary, y casi a continuación lo hizo su amigo Blondy.

Sonrieron al verse solos por primera vez y, de común acuerdo, atraídos por mutua simpatía, continuaron su camino, y él la ofreció el brazo, que Mary, muy seductora, tomó con agradable gesto.

Los dos, contentos de verse libres de sus respectivas compañías que aun giraban en la rueda, prosiguieron visitando otras nuevas atracciones, haciéndose retratar ante un fotógrafo ambulante.

Primero posó ella; luego su amigo.

—¿Te diviertes, muñeca?

—Mucho... como nunca me diverti en mi vida.

—La noche está espléndida... Es temprano...

y mañana, gracias a Dios, es domingo. Todo convoca a divertirse... ¿Quieres que alquilemos una barca?

—¡Sí... sí!... ¡Si vieras cómo me gusta a mí eso!



...haciéndose retratar...

Subieron a una lancha. Blondy remaba lentamente y la barquichuela se deslizaba entre la mansa paz del agua azul de un lago...

Hasta allá apagados por el follaje, apenas llegaban los ecos del parque, de la multitud que se divertía con locas ansias de vivir.

Nada turbaba su dulce soledad y los dos jóvenes se sentían dulcemente impresionados por el ambiente.

Blondy contempló a la mujercita cuyo hálito delicado llegaba hasta él, y sintió una infinita turbación. Era encantadora esta muchacha. Sintió por ella toda la alegría del mozo fuerte que por vez primera abre su corazón al amor.

Y entre frases tímidas y balbuceos delicados, le declaró la arrebatadora pasión que sentía por ella, el fuego deslumbrante de su alma en la que había nacido el culto a la mujer.

—¿Me quieres, Mary, me quieres?

Ella le contempló con ternura acurrucándose en sus brazos. Sí, le quería. Le quiso desde el momento en que él le salvó la vida. Tampoco hasta entonces había nacido el amor en su corazón, pero ahora triunfaba con gallarda vibración.

Se besaron... Se prometieron eterno amor... Un cinturón de flores les rodeaba, separándoles del resto del mundo, alejándoles de las cosas de la tierra para transportarles al ensueño ideal.

Y entretanto, seguían aburridos, deambulando por el parque, Clara y Swede. Cansados de buscar a sus amigos sin encontrarles y después de visitar nuevas atracciones, optaron por sentar-

se en el banco de un apartado jardín...

Clara se aburría extremadamente... Ella hubiera deseado estar con Blondy... pues al lado de aquel otro hombre soporífero, le entraban deseos de bostezar.

¡Ah, demonio de Mary! ¡Cómo le había quitado el compañero! Y la joven, disgustada, acabó por cabecear, mientras Swede hacía lo mismo, abrazado al muñeco que le habían concedido como premio.

Durante varios días ninguna nube empañó el radiante horizonte de los dos novios.

Swede, satisfecho íntimamente de que su amigo fuera feliz, no se lo demostraba, sin embargo, llevado de su carácter burlón, y procuraba zaherirle con toda clase de improperios.

Blondy no hacía caso... Para él Mary era lo primero del mundo.

Dicen que la felicidad no dura mucho en casa de los pobres y a Blondy le pasó algo parecido.

La empresa que levantaba el rascacielos envió a los alrededores de Nueva York a una partida de trabajadores para hacerse cargo de un

pedido de vigas, y Blondy fué uno de los elegidos.

La orden de marcha fué tan urgente que el joven no tuvo tiempo de despedirse de su novia, lo que molestó a Mary, a quien parecióle falta de cariño aquella rápida marcha, sin decirle adiós personalmente.

Algunos días, al acabar el trabajo, Blondy cogía el tren e iba a visitar a su amiga.

En otras ocasiones no podía hacerlo, y entonces Mary se consideraba desairada, pues no concebía que nada en el mundo, ni aún la obligación, fuese superior y pesase más en el ánimo de Blondy que ella.

Los trabajos en las afueras se prolongaban y no se sabía en qué fecha iban a regresar los expedicionarios.

Los ensayos de Mary habían llegado a su término y la compañía de revista iba a dar una representación en el teatro de una pequeña ciudad, realizando luego una "tournée" por varias regiones antes de debutar definitivamente en Nueva York.

La joven, sabedora de que iba a marchar aquella misma noche, escribió a Blondy una cariñosa carta rogándole fuera a despedirla.

A pesar de toda su buena voluntad, Blondy

no pudo cumplir aquella vez con su novia. Se habían de terminar urgentemente los trabajos de su sección y se hacían horas extraordinarias. El menor retraso hubiera ocasionado general perturbación.

Y no acudió, muy a pesar suyo... Y la muchachita se sintió ofendida atribuyendo a olvido, a cansancio, la actitud de su novio. No concebía ella que un hombre no fuera dueño de sus actos.

—¡Ah!... ¡Y no ha venido!... ¡Y yo que le quería con toda mi alma!—sollozó.

—No te preocupes—le respondió Clara, que se había resignado a que Blondy fuera el novio de su amiga—. Los hombres son todos iguales.

—Pero tú sabes... ¡Él no era así!... Él parecía bueno... y yo... tengo la confianza de que ha de volver.

—¡Ilusiones! Los hombres son unos demonios pero tienen alas como los ángeles para volar... Así somos nosotras de tontas que les creemos... Mira, no te preocupes y olvídale... Yo he esperado también un chico esta noche y no he logrado otra cosa que una torticolis que me está haciendo ver las estrellas.

—Yo no puedo resignarme a olvidar... ¡Es

muy extraño todo eso! ¡Si vieras con qué palabras me describía su amor.

—Todos hacen lo mismo. Se diría que han leído la misma novela. ¡Embusteros, farsantes! Pero anda, niña, enjuga tus lágrimas... y a



—Los hombres son todos iguales.

reír... Recuerda que no vamos a ningún funeral sino a una alegre "tournée" de teatro.

—Es verdad...

Subieron al tren que pocos momentos después partía raudo de la estación... Y la linda Mary procuró acallar los tormentos de su alma, pen-

sando que no tenía demasiada importancia aquel retraso y que cuando ella volviese a la ciudad todo se arreglaría a satisfacción.

Con el esfuerzo intensivo que habían realizado los obreros, acabaron rápidamente aquella obra en los alrededores de Nueva York. Y volvieron a los altos andamios del rascacielos que iba cubriendose lentamente, llenando sus oquedades, cubriendo sus huesos de hierro, imprimiendo en todo su ser un hálito de vida.

Lamentó Blondy que su novia se hubiese marchado sin haberla él podido ir a despedir. Pero no importaba. Le escribiría unas cartas cariñosas diciéndole que se estaba muriendo por ella y que la ausencia no hacía más que alimentar el fuego de su pasión.

Pero aquella primera tarde de trabajo en el rascacielos, ocurrió la catástrofe, una de tantas, el periódico sacrificio que todas las obras exigen del esfuerzo humano.

Blondy y Swede estaban trabajando en uno de los andamiajes de los pisos intermedios... Arri-

ba seguían colocando vigas, haciendo crecer más y más la longitud de aquel poderoso edificio.

Y de pronto una de las vigas se inclinó a un lado y la cadena que la sostenía cedió.

Resonó un espantoso grito de terror... La viga iba a caer en el sitio donde trabajaba distraídamente Swede... Blondy, siempre oportuno y siempre heroico, empujó rudemente a su amigote hacia afuera de aquel radio de peligro.

Momentos después el hierro se desplomaba sobre el andamiaje, cerca del sitio donde se hallaban ellos. El choque de la viga con los tablones de aquel piso fué tan enerme que crugió todo el pavimento, resquebrajóse éste y hundióse a su vez en un estruendo fenomenal, arrastrando en su caída a Blondy y a Swede que fueron a caer al andamiaje inferior, sepultados entre un montón de escombros.

Volvió a silbar por tres veces la sirena de alarma. La muerte rondaba de nuevo acechando como un cuervo la presa humana.

Corrieron los obreros que habían resultado ilesos a auxiliar a los dos desgraciados camaradas. La herida de Blondy parecía muy grave; todo él estaba ensangrentado... Swede sufría también serias contusiones en distintas partes del cuerpo.

Fueron llevados al hospital y durante varios días un hálito de tragedia se cernió sobre la habitación que ocupaban los dos amigos.

La herida de Swede no tuvo demasiada importancia. En cambio la de Blondy era de mucho cuidado. Tenía una pierna rota y los médicos rumoreaban si iba a quedar lisiado.

Con el transcurso de los días el desdichado dióse cuenta, ante la flojedad e inmovilidad de sus piernas, de que era un ser inútil.

Le invadió una profunda desesperación y un deseo de ocultar a todo el mundo su tragedia.

Sin embargo, los médicos no dieron por perdida la partida. Le aseguraron que con potentes masajes eléctricos iría recobrando las facultades de su sistema motor... Y el joven navegó durante algún tiempo entre las olas de la esperanza y del dolor irremediable.

Pero eran más las horas de inquietud y de tristeza que las jornadas optimistas. Swede procuraba animarle, asegurándole que se pondría bien.

Mary le había enviado varias cartas desde los diferentes sitios de su "tournée", cartas que quedaron sin contestación.

La idea de que estaba lisiado, de que no podría valerse en lo sucesivo, le producía tal de-

caimiento de su voluntad, que Blondy no quería presentarse ante su adorada. Tenía miedo, un miedo a ser rechazado; el temor de que ella, viéndole en tan dolorosa situación, le abandonase.

Un día recibió otra carta, desesperada, de ella. Decía así:

Querido Blondy:

¿Por qué no contestas a mis cartas? ¿Te has enfadado conmigo? Tu silencio me tiene preocupada. No sé a qué puedo atribuirlo. Dime lo que te pasa. Escríbeme.

Tuya siempre

Mary

Se sintió invadido por una oleada de emoción. Acarició aquella carta y pareció que volvían la ternura y el optimismo a su alma. La voz de su amigo Swede le perturbó en sus meditaciones.

—No hagas caso de cartitas—le dijo.

—¿Qué hacer, Blondy? Me habla en términos tan dulces... Estoy seguro que aunque quede inútil, ella me amará.

Swede se echó a reír.

—Te repito que no hagas demasiado caso. Temo que ella no quiera encargarse de ti si quedas inútil.

Blondy guardó silencio.

—Ya la veo paseándote en un carrito los domingos por el Parque Central—añadió Swede, riendo.



...recibió otra carta...

—Tú sabes bien que yo no he de comunicarme con ella, ni por escrito, mientras me halle así, inválido—repuso con melancolía.

—Pues haces mal. Deberías probar si es firme el cariño de esa mujer.

—Creo en ella... pero no tengo derecho a que se una a un inválido.

—¡Ánimo... y no te desesperes!

Blondy hizo un gesto de honda melancolía... No, no se presentaría ante aquella adorada mujer. Evitaría que supiese la verdad. Tenía la seguridad de que ella iba a abandonarle si se enteraba de su desgracia.

* * *

Mary regresó de su viaje que había resultado triunfal. Ahora iba a debutar en el teatro de Nueva York. Se esperaba que la compañía tendría también un éxito extraordinario.

Aquel día, a la salida del teatro, la linda mujer, la enamorada leal, esperó a Blondy al que no había visto trabajar en las obras del rascacielos, así como tampoco a su compañero Swede. ¿Qué les ocurría?

Aguardó inútilmente. Consideróse totalmente abandonada, engañada por el hombre que le había jurado en otro tiempo amor... Y una gran tristeza llenó de lágrimas sus ojos.

—Vamos, olvídate ya de ese obrero y ven con nosotras a divertirte—le dijo Clara.

Y marchó con sus amigas, procurando acallar su dolor de enamorada sin esperanza.

Pasaron días...

Swede estaba ya completamente restablecido. Su amigo Blondy había sido ya trasladado desde la clínica a su casa. Podía ya levantarse, pero desgraciadamente sus piernas flojeaban y necesitaba ayudarse de muletas para poder andar.

Le aseguraban los médicos que con algunas corrientes eléctricas se pondría bien, pero el muchacho, sin fe en su restablecimiento, nada hacía y pasaba largas horas sentado en un sillón ante un retrato de su amiga.

No había querido saber nada más de ella... Mary conocía a un Blondy fuerte y gallardo, capaz de levantar con los brazos una viga de hierro, y ahora vería únicamente a un pobre inválido, apoyado en dos muletas, un hombre viejo en plena juventud y que no servía para nada.

No, que no le viese. Seguro estaba además de que ella le despreciaría si descubriese su situación. Mejor era demostrar un completo olvido, desaparecer para siempre.

Su amigo Swede procuraba apartarle del hondo pesimismo en que se hallaba sumido, haciéndole ver que iba a restablecerse muy pronto.

Un día, al llegar a su casa, procedente del trabajo que acababa de reemprender, le dijo:

—¿Cómo van esas piernas, querido? Allá en

la obra te esperan. Es preciso que vuelvas pronto.

—No puedo—contestó con voz velada por la tristeza—. Temo que esto sea definitivo.

Deseando darle ánimos, le miró y le dijo con energía:

—Lo que pasa es que eres un cobardón. No haces nada para recobrar el uso de la pierna. No intentas andar... Permaneces quieto en ese maldito sillón como un viejo inválido y liquidado definitivo... Si te movieras, si procuraras caminar, seguro estoy de que recobrarías de una vez el movimiento.

—¡No puedo!... ¡Sé que es inútil!

Swede le contempló indignado de su pusilanimidad, de su tristeza.

—¡Cobarde! ¡Comodón! ¡Estás hecho un gandul, Blondy!—rugió poniendo en sus palabras cierto desprecio.

—No me insultes, porque...—dijo temblando y requiriendo sus muletas.

—¿Qué vas a hacer? ¡Sí, cobarde, gandul!

—¡Swede!... ¡Cuidado!

Ambos hombres parecieron prontos a agredirse, pero Swede le contempló con cierta despectiva compasión, y le dijo:

—Yo no luchó con un lisiado.

Y puso en estas palabras tan humillante su-

terioridad que Blondy se sintió herido en las más íntimas fibras de su alma por el soberano desdén.

Swede se metió en su cuarto, y Blondy quedó meditabundo, preguntándose si era posible volver a ser fuerte como antaño...

Su alma pesimista decía una sola palabra: ¡No!

Al otro día, Swede encontró a Mary. Se saludaron con alegría, como dos viejos camaradas.

Ella, sonriente, le dijo:

—¡Hola, viejo amigo! ¿Cómo le va?

Swede la contempló con simpatía y recordó que por esa mujer Blondy sufría profundamente.

—El otro no trabaja—respondió—. Está en casa.

—Yo no pregunto por el otro, sino por usted—contestó con displicencia, queriendo olvidarse por completo del muchacho que creía la había traicionado.

—¡Ah, yo, muy bien! Ya me ve usted—dijo con ufanía—. Y también deseo verla trabajar en su revista.

—Celebraré mucho que vaya al teatro.

—No sabré hasta entonces lo que es cosa buena.

—¡Gracias!

—Bueno, Mary... hasta otra... Voy a continuar mi trabajo.

Pero durante todo el día, aquel hombre se sintió turbado por profunda inquietud, por una rara melancolía en la que se mezclaba el recuerdo de su amigo Blondy con esa mujer tan intensamente amada por el lisiado.

Aquella entrevista produjo también en el ánimo de Mary una profunda impresión.

“El está en casa. No trabaja ya”, había dicho Swede. Y estas palabras le emocionaron, sintiendo un anhelo misterioso de volver a ver al hombre que de modo tan extraño la había abandonado, después de jurarle tantas veces un verdadero amor.

Y decidida a todo, queriendo saber, penetrar en lo íntimo de los pensamientos de él, deseando conocer las causas que le habían obligado a su misteriosa resolución, tomó aquel atardecer, al salir del teatro, el camino de la casa de Blondy.

El desdichado, apoyado en sus muletas sin las cuales le era imposible andar, se hallaba contemplando detrás de los cristales de su balcón el panorama urbano.

Vió de pronto a Mary que cruzaba la calle y avanzaba en dirección a su casa.

Tembló de pies a cabeza como un niño sorprendido en una falta.

¡Ah! ¿Qué iba a decir Mary si le veía apoyado en las muelas, no pudiendo valerse por sus propios movimientos?

Sintió el rubor de su virilidad desdichada, se avergonzó de verse sin fuerzas ante la mujer a la que antes, en tiempos felices, había protegido con el gallardo espectáculo de su energía varonil.

Era preciso evitar que ella supiese la verdad, que ella conociera las hondas huellas de la gran desgracia.

Tembloroso, corrió a ocultar las muletas bajo un cortinaje y tambaleándose, apoyándose en la pared, fué a sentarse en un sillón al lado de la mesa. Encendió un cigarrillo. Aguardó. En el silencio del cuarto no se oía más que el violento repiqueteo de su corazón.

* * *

La linda muchacha, después de haber llamado a la puerta, entró valientemente en el cuarto.

Procuró ocultar su turbación y avanzó con aire jovial hacia su amigo.

—¡Mary! —dijo él mirándola con profunda ternura y sin poder moverse de su asiento.

Ella le contempló con una sonrisa fría tras la cual se ocultaba el interés.

—He venido porque creí que encontraría aquí a Swede —dijo, procurando disimular el verdadero objeto de su visita.

—¡Ah!

—¿No sabes dónde está?

—No creo que tarde, pero ignoro dónde se encuentra.

¡Pobre Mary! Por la imaginación del muchacho pasó por un momento la idea de confesarle toda la verdad, de decirle en qué dolorosa situación se encontraba. Pero no se atrevió... Si Mary le despreciaba... entonces su dolor no tendría consuelo.

Era preferible hacerse el desdeñoso como si hubiera olvidado para siempre a aquella mujer, a fin de que ésta acabara por no volver a acordarse más de él.

Blondy se decía que no tenía derecho a hacer a nadie partícipe de su pena.

Mary, con igual tono de indiferencia que al entrar, dijo:

—He traído un par de entradas para la función de esta noche en mi revista.

—¿Dos?

—Una para Swede, otra para ti. Creí que te gustaría a ti ir también.

—Yo, si quiero, iré por mi cuenta. No necesito invitaciones—contestó con brusquedad.

—Muy bien, no te enfades por eso—respondió amargada, sintiendo en el alma una definitiva desilusión, el total derrumbamiento de sus esperanzas. ¡Todo perdido! ¿Y aquel hombre la había amado alguna vez?

Acercóse a Blondy que permanecía sin moverse del sillón y le dijo:

—No quiero molestarte más.

—No molestas, pero como no has venido para mí...

Y desdeñoso echó la ceniza de su cigarro sobre el retrato de metal de Mary, que tenía sobre la mesa.

Ese gesto fué de tan profunda indiferencia, de tanta burla, que toda el alma de Mary se levantó en profunda rebelión.

—¡Adiós!—dijo con sequedad.

—Adiós...

Y la muchacha partió de allí con el alma rota por el convencimiento de que todo era imposible, mientras Blondy se reclinaba melancólico en su

sillón soñando con que aquella mujer le acariciaba y le besaba.

¡Sueño absurdo!

En el rellano de la escalera encontróse Mary con Swede, que subía de modo campechano.

—¿Usted aquí?—le dijo él.



...soñando con que aquella mujer le acariciaba...

—He dejado para usted una entrada del teatro.

—Agradecidísimo. Pero, ¿ha visto a mi amigo? ¿Cómo le encuentra?—dijo, deseoso de ave-

riguar si Blondy le había explicado su desgracia.

—Bien... como siempre...

—¿Le ha hablado de amor?

—No me ha dicho una sola palabra.

—Bien lo suponía... Es un hombre perdido, una cosa perdida.

—¡Usted qué sabe!—respondió ella con una melancolía en que vibraba, a pesar del anterior desprecio, la llama todavía ardiente del amor.

Swade la contempló con profundo interés. Comprendió que Blondy habría ocultado a su antigua amiga el estado en que se encontraba, y le pareció que en las palabras que ella acababa de pronunciar, se encerraba aún un profundo cariño.

¡Ah, a pesar de los desdenes de él, aquella mujer le amaba!

Preocupado se despidió de su amiga y entró en su casa.

—Ya sé que ella ha estado aquí—dijo al joven.

—Sí, ha estado. Pero nada sabe de mi inutilidad. Oculté mis muletas y le hice patente mi desdén.

—¿De veras? Me parece que has hecho mal.

—Lo único que podía hacer, lo único digno de mí. Ella debe ser libre y yo le devuelvo la

libertad. Pero me ha faltado valor para confesarle los motivos, para decirle que soy tan débil como un niño o un viejo. ¡No, eso no!—gritó con desesperación—. Que me crea un ingrato, pero no un ser débil y desdichado...

Swede meditó unos momentos. Entró en el cuarto contiguo. Se vistió su traje de fiestas. Luego volvió a salir y con aire burlón, con aquella mirada de ironía con que en otras épocas había zaherido a su camarada, le dijo:

—Bueno, adiós. ¡No te aburras demasiado!

—¿Dónde vas, Swede?

—Voy a divertirme con tu ex novia, con Mary... ¡Qué alegría tengo!—dijo con cierto refinamiento de maldad—. La sala estará hermosísima... y Mary más hermosa aún. ¡Qué feliz voy a ser al contemplar con mis propios ojos su actuación!

El egoísta espectáculo de la felicidad ajena produjo en el alma de Blondy una sensación de crueldad.

—¿Por qué te recreas en decirme a mí esas cosas?—le gritó.

—¡Y tú qué me importas! Si no fueras un comodón, un estúpido, tú mismo deberías acompañarla.

—Bien sabes que no puedo...

—¿Y a mí qué me cuentas? ¡Eh! ¿Qué tal? ¿No soy soberbio con este traje? Me parece que Mary se va a enamorar de mí—añadió con un tono de burla tan sangrante que los ojos de Blondy relampagueaban de indignación.

—No me hables así, te lo ruego...—suspiró el enfermo.

—Ya te he dicho que hoy no quiero pensar en tus cosas. Tu novia me va a enseñar esta noche nuevas diversiones. iremos al Parque... como un día fué contigo. Verás cuánto nos divertimos.

—¡Oh, calla... calla!—dijo llorando.

—Chico, fué un gran contratiempo para mí que te rompieras la pierna... pero, ¿qué quieres? Ahora no tengo más remedio que substituirte y cumplir como hombre galante.

Y marchó tarareando una canción mientras el desgraciado quedaba inmóvil en su silla, viéndose viejo antes de tiempo, maldiciendo de sus piernas y agitado por una nueva sensación de dolor: los celos que por primera vez comenzaban a devorarle el alma.

¡Ah, aquellas piernas flojas, flácidas, de papel! ¡Si pudiera! ¡Las malditas!

Y con un gran esfuerzo se levantó y dejando arrinconadas las muletas, probó de andar sin sostenerse en ningún sitio.

¡Si fuera posible que las corrientes eléctricas y las constantes pruebas de andar, hicieran el milagro de retornar a sus piernas el vigor!

No, no.

Avanzó unos pasos, adelantó de frente... ¡Oh, se sostenía, se sostenía!... Pero de pronto sus piernas se doblaron como rotas y cayó a tierra, violentamente.

¡Imposible! ¡Era un inválido!

* * *

Pasó un mes. Durante este tiempo, Blondy asistió a varias sesiones de corrientes eléctricas, sin que lo supiera Swede. También probó de andar más de una vez, pero siempre caía desplomado en tierra.

Y entretanto, su amigo Swede seguía diciéndole con verdadera tranquilidad que todas las noches iba a ver a Mary, que se divertía mucho con ella y que casi estaba a punto de declararle su amor.

Swede, con cierta expresión misteriosa y feroz, parecía complacerse en hacer sufrir a su compañero, pintándole con ardientes colores la visión de sus horas de felicidad.

Llegó otro domingo. Swede le dijo aquel día al salir:

—Ya he sacado veinte noches a tu ex novia y hoy tenemos fiesta en el rascacielos. Demasiado trabajo para un hombre solo. Pero, hoy me declaro a Mary.

—No me hables así...

—¿Por qué, cobardón? ¿No abandonaste tú la plaza?... Pues yo la he tomado y estamos en paz.

Y se alejó riendo, insultándole con el espectáculo de su dicha incomparable.

Pero ya en el rellano de la escalera, la faz de Swede se transformó. Contempló la puerta que acababa de cerrar y desapareció toda la alegría de su rostro.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que ahogar en la garganta un sollozo.

—¡Amigo, amigo mío!—murmuró.

Luego fué bajando las escaleras con una lentitud fúnebre.

Y en el cuarto, rabiando de celos, el desdichado inválido volvió a probar de levantarse sin muletas, pero cayó otra vez... Y tuvo que realizar un penoso esfuerzo para incorporarse...

* * *

El rascacielos estaba ya casi terminado.

Mary, invitada por su amigo Swede, había ido allí. Seguía sintiéndose triste y abatida. En su alma reinaba el recuerdo del amor perdido. Seguía queriendo a Blondy... pero ¡ay! los desprecios de aquel muchacho...

Estaba hablando con Swede, sentada en uno de los andamios, cuando vió caminar, por el andamiaje inferior, a un hombre que se apoyaba en unas muletas...

Estaba de espaldas a ellos, de modo que no podía distinguir quién era.

—¿Quién es ese pobre inválido?—preguntó.

Swede, estremeciéndose al reconocer a Blondy, dijo:

—¿Ese pájaro? ¡Es el sereno!

Blondy avanzaba lentamente, con el rostro compungido y doliente. Había querido ir al rascacielos para ver qué relaciones unían a Mary con Swede, aunque ya las sospechaba.

Se dió cuenta el desgraciado de que en el andamio superior estaban los dos jóvenes y sintió en el alma una profunda herida.

Swede, deseoso de hacerle todo el daño posible, abrazó a Mary y la dió un largo beso.

Ella protestó. Pero él volvió de nuevo a unir sus labios a los de la joven.

Los celos bulleron en el alma del pobre Blon-



Blondy avanzaba lentamente...

dy. Había visto a los miserables. Si hubiera podido, se habría lanzado contra el traidor, el canalla de Swede.

Swede deseaba hacerle apurar peores hieles. Cogió una cuerda y la echó con toda mala intención a los pies de Blondy, quien tropezando con

ella, cayó al suelo de modo aparatoso y violento.

La joven miró asustada a aquel pobre hombre que caía y reconoció en él, con el terror del asombro, a su amigo Blondy.

Avanzó hacia él y le dijo con profunda emoción al ver las muletas:

—¡Blondy! ¡Blondy!

El muchacho intentó incorporarse.

—¡Déjame... déjame! —dijo rechazando a la ingrata.

—¡Blondy!... ¿Tú con muletas? Yo no sabía nada de tu enfermedad, de que estuvieras casi inválido. ¡Dios mío, Dios mío! —murmuró.

El la contempló con emoción. Acababa de ver en sus ojos, en la compasión de sus palabras, que le seguía queriendo a pesar de su invalidez.

Penosamente se levantó y Blondy dijo mirando a Swede:

—No me esperabas, ¿verdad? He estado reservándote una sorpresa y ahora te la voy a dar. Hace un mes que estoy realizando continuos ejercicios para dar fuerza a mis piernas y al fin creo que lo he conseguido. ¿Ves? Ahora puedo permanecer en pie sin apoyarme. Sí, si puedo andar... Pues, vas a ver quién soy yo.

Y con una energía y una seguridad pasmosas,

lanzóse contra su amigo y le pegó varios formidables puñetazos.

Se sentía fuerte, la excitación anterior había dado como una benéfica sacudida nerviosa a todo su cuerpo.

Swede, asustado, le dijo:

—Chico, veo que no has perdido facultades. Pero has ido demasiado lejos. No merezco que me trates así.

—Tú me has traicionado y te doy tu merecido. Estamos en paz. Me has quitado la novia mientras yo no podía moverme. ¡Canalla!

—Blondy, ¿quieres callarte?—le respondió Swede con una emoción que hacía temblar su voz—. Dame las gracias con toda tu alma por haber provocado en ti esta reacción que te ha vuelto a hacer hombre. Durante varias semanas he entretenido a tu novia y la he conservado para ti hablándola de que tú la querías a pesar de todo y que no perdiése la confianza. Y yo he logrado darte ánimos para que salieras de tu tristeza, para que te animaras y procuraras andar. Creo que lo he conseguido. Los celos han sido el mejor remedio... Al verte he besado a Mary, para provocar tu ira. Vamos, no me guardes rencor, Blondy. Ella te ama. Yo he estu-

diado también su corazón y puedo asegurártelo.

Una gran emoción se apoderó de Blondy al escuchar aquellas palabras que le indicaban claramente la verdadera actitud de su amigo, lo que él había considerado una traición.

—¡Swede! ¡Swede!—dijo estrechando su mano. ¡Gracias!

—Anda... sé feliz con Mary—contestó el buen hombre apartándose unos pasos, contento de haber contribuído con su rudeza, con sus maneras hoscas y hasta brutales a la felicidad de su camarada.

Marchó de allí, mientras los dos novios se abrazaban y se contaban el secreto de aquellas horas de desesperanza que se iban a cambiar en horas divinas de amor.

El ya se sentía fuerte. Echó abajo las muletas. La última impresión le había devuelto el definitivo movimiento. Y no maldijo sus anteriores sufrimientos, porque ellos le habían indicado que podía contar con la fidelidad de una mujer y con la lealtad de un amigo.

Mary, besándole, lloraba. ¡Ah! ¿Por qué no habló a tiempo? Ella hubiera sido su mejor enfermera; le quería, enfermo o fuerte; le amaba porque era él...

Y de pie los dos, en el inmenso rascacielos,
proclamaron triunfalmente la gloria esplendorosa
de su amor.

FIN

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



Formidable éxito

DE

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal
de asuntos sentimentales



Números publicados:

¡Y supo defender su amor!
por F. M. Bistagne y A. Bayón

El despertador
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas
por M. de Alba

El amor que no engaña
por Francisco-Mario Bistagne

La modistilla madrileña
por Abel Molins

¡Adiós, juventud! (El primer amor)
por Francisco-Mario Bistagne

La modistilla catalana
por José Reygadas

Mañana:
Cuando se ama...
Novela de M. de Alba



Precio: 30 cts.

UNA PUBLICACIÓN

de novelas modernas hacia falta,
y este hueco lo ha llenado

La Novela del Chofer

publicación semanal

Números publicados:

- I a amiguita del chofer
- Por qué se mató mi novia
- Mi aventura de París
- En la parada del "Palace"
- Memorias de un "Taxis"
contadas por él mismo
- La caprichosa
- El chulo
- La 'panne'
- La honra de una mujer
- Una mujer muy de hoy
- Dos chicas "bien"

Precio: 30 céntimos

Muy en breve

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

la deliciosa novela



EL DESPERTAR

Interpretada por la bellísima

Vilma Banky



Las mejores novelas de cine:



La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

**Los Grandes Films de La Novela Semanal
Cinematográfica**

y las selectas

**Ediciones Especiales de La Novela
Semanal Cinematográfica**

¡Siempre los mejores asuntos!



2

E. B.